

Muchos años hacía que no había podido descansar de este modo.

«Era el jueves Santo. Fui á la iglesia, canté en ayunas en los divinos oficios sin la menor fatiga, y observé la abstinencia de los tres últimos días de Cuaresma. Mis únicos momentos desocupados los dedicaba al rezo del breviario, que había tenido que dejar hacía mucho tiempo. Toda debilidad había desaparecido repentinamente el primer día de la novena y á la primera gota de agua.

«La curación subsiste inmejorablemente. Desde el 13 de Abril he hecho una porción de jornadas, que en tiempo de plena salud me habrían puesto enfermo; en 9 de Abril emprendí á pié la peregrinación á Montaigu, y al regreso, después de haber andado veintiocho leguas, estaba fresco y apto como á la salida.

«¡Gloria á Dios! ¡Gloria también á la Inmaculada Concepción, que remueve así al mundo para cambiarlo, para convertirlo!»

XL

Curación instantánea y radical de una joven aldeana,
que se moría de convulsiones

A consecuencia de un accidente en apariencia insignificante, una joven de Trebons (Altos Pirineos), llamada María Rousse, fué atacada de una enferme-

dad cerebral que pronto puso sus días en peligro. María tenía cerca de veinte años. Era amable y piadosa; toda su familia era profundamente cristiana; su padre en particular tenía una fe capaz de trasladar las montañas.

Desde que tuvo que acostarse, la pobre María era presa de terribles convulsiones que duraban hasta que había agotado sus fuerzas. Así transcurrieron algunas semanas; la familia no estaba aún del todo inquieta: creíase que era una de aquellas enfermedades de nervios muy dolorosas, pero que no amenazan la vida, que se van como han venido, y que no dejan huella en el organismo. Pronto se desvaneció esta seguridad. El mal adquirió un carácter orgánico muy grave. María no tomaba casi alimento, su debilidad era excesiva, y su cerebro era el asiento de un dolor permanente y agudo.

Veíanla dos médicos, que estaban acordes acerca de la naturaleza del mal y su tratamiento. Mas los remedios no producían más que alivios momentáneos é insignificantes. La vida se iba extinguiendo, y se temía que la pobre joven sucumbiese en una de las crisis que le torcían los miembros. La pobre niña mostraba una resignación grande.

Los sacerdotes de la parroquia la habían ya visitado muchas veces, y viendo inminente el peligro, se le administró el santo Viático y la Extremaunción. Toda la aldea se interesaba por la joven enferma, que se hacía amar por su excelente carácter y la edifica-

ción de toda su vida, acrecentando el sentimiento sus veinte años. Se esperaba el estertor de la agonía, y ni uno de cuantos la habían visto conservaba la menor esperanza.

Su padre estaba sumamente afligido; cada vez que salía del aposento de su hija derramaba lágrimas más amargas. Casi sin esperanza fué una mañana á Bagneres á consultar á uno de los médicos que habían visitado á la enferma, y trajo un nuevo remedio. «¿De qué servirá?» se preguntaba durante el camino. Cuando nada no han podido los remedios hasta aquí, ¿qué hará éste ahora que la muchacha apenas vive?» Y lloraba.

De repente un pensamiento de fe viva se apodera de su corazón: «Iré á Lourdes; allí está el remedio. ¡Tan sólo Dios me dé tiempo para llegar allí!»

Desde aquel momento estuvo orando todo el día. Vuelve á su casa y dice á su hija: «Traigo otro remedio; pero escucha, María; ¿quisieras agua de la gruta? Quiero ir á buscarla. — ¡Oh! sí,» murmuró la pobre moribunda con voz apagada, pero que tenía el acento de la confianza.

El padre acababa de andar ocho kilómetros, y sin descansar emprende otra vez la marcha para recorrer dos veces diez y seis ó diez y siete, siendo rápido su andar. No reparaba en si subía una cuesta; no tenía más que un pensamiento, ¡el llegar á tiempo! Continuamente sus labios y su corazón invocaban á María. «Para comprender lo que fué su súplica cuan-

do se arrodilló delante de la gruta, es necesario haber visto humedecerse sus ojos, haber oído su voz, temblorosa todavía cuando habla de ello,» dice el misionero de Lourdes á quien se dirigió aquel buen hombre.

Después de sus súplicas á la Madre de Dios, en quien tenía una confianza sin límites, llenó una botella del agua milagrosa y emprendió otra vez su camino. Su corazón, desde los primeros pasos, se encontró más aliviado. La oración lo había consolado, y se sentía como arrastrado por la esperanza. Sin detenerse, sin reparar sus fuerzas, ni apercibirse de lo largo del camino, regresó á la aldea.

Su querida hija se hallaba en una postración profunda. Era casi incapaz de emoción. Este fué para el pobre padre un momento muy angustioso. Aguardaba un milagro: en su concepto ningún remedio humano podía devolverle su hija. Mas el remedio divino estaba allí. «Vamos, María, dijo con cariño, aquí tienes el agua; ten confianza en la Virgen de la gruta; yo le he suplicado mucho.» María hizo un esfuerzo para orar un poco. Su padre le hizo beber una cucharadita del agua milagrosa, y le aplicó en la frente una compresa..... Al mismo instante se reaniman todos sus miembros, se alegra su vista y se sonrió..... Los dolores habían desaparecido sin sacudimiento; había recobrado toda su vida. Siéntase en la cama, exclamando: «¡Estoy curada! — ¿Pero nada te duele? le dice su padre, ¿la cabeza? ¿los nervios? — ¡Nada,

absolutamente nada!»—Calcúlese la dicha del padre, la alegría de toda la familia.

Luego después María comió. Sucedió esto por la tarde, y al día siguiente se levantó de la cama. Quedábale alguna debilidad, pero nada de sus dolores, ni experimentaron sus miembros estremecimiento alguno. La enfermedad había desaparecido como si la hubiesen quitado con la mano.

Ocurrió esto en los primeros días de Octubre. Seis meses después no había reaparecido ningún síntoma de aquella enfermedad tan violenta y que iba á ser mortal; la joven aldeana ha gozado del más constante bienestar, y ha trabajado valiente y vigorosamente. No se acuerda de haber llegado á las puertas de la muerte, sino por la dicha de saber que la ha librado Nuestra Señora de Lourdes.

La Virgen Santísima ha recompensado así magníficamente la fe del padre. Por esto el venerable Cura de la parroquia ha dicho después más de una vez á María Rousse: «La Virgen de Lourdes te ha salvado, hija mía, pero no por causa tuya; tú no has entrado para nada, á lo que creo, porque no podías hacer gran cosa en tu estado. A tu padre lo debes, María, á su gran fe, á sus súplicas y lágrimas.»

XLI

Curación milagrosa de Pedro Hanquet,
maestro albañil de Liége

No obstante mi deseo de no cansar á mis lectores con repeticiones, no puedo prescindir de referir ahora otro milagro de la Virgen Inmaculada de Lourdes, obrado recientemente en Bélgica y que ha hecho mucho ruido en aquellas católicas provincias.

Hé aquí cómo Pedro Hanquet, albañil de Liége, narra su maravillosa curación:

«Con las manos levantadas al cielo, juro no decir más que la verdad.

«Mi enfermedad data de más de diez años; pero en Mayo de 1862 fué cuando me apercibí de que había perdido casi todas mis fuerzas. Contaba entonces la edad de cuarenta y un años. Me fué preciso renunciar á toda fatiga, y particularmente al movimiento de brazos. Muchas veces probé el volver á mi antiguo régimen de vida, pero no era posible. Arrastrando como pude, llegué al fin de dicho año, 1862. Había consultado á los médicos, pero debo confesar que con el previo propósito de no sujetarme á ningún tratamiento regular. Confiaba en que el Invierno me pondría bien, como anteriormente había ya sucedido.

«Por la Primavera de 1863, no experimentando mejoría alguna en mi estado, resolví seguir el consejo de